

## EN POCAS PALABRAS

### ¡MUCHAS FELICIDADES, *SAL TERRAE*!

ENRIQUE SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ\*

Cuando estas líneas vean la luz, se habrán celebrado ya en Santander y en Madrid los dos actos conmemorativos del centenario de *Sal Terrae*. Entonces habrá también concluido el largo tiempo (11 años) en el que he estado al frente de la revista, tiempo sin duda muy gratificante para mí y que siempre recordaré con enorme satisfacción. Sirvan estas dos referencias para hilvanar las tres ideas fundamentales que recorren esta colaboración de «En pocas palabras» del mes de junio de 2012.

En todas las invitaciones que hemos confeccionado para los actos de Santander (12 de mayo de 2012) y Madrid (1-2 de junio de 2012) hemos incluido los primeros párrafos del primer número de *Sal Terrae*, de enero de 1912, en los que, entre otras cosas, puede leerse: «no quisiéramos nosotros que esta Revista nueva que vamos a comenzar con la gracia de Dios y para su mayor gloria, se fundase sin razón suficiente. Si la fundamos, es por estar firmemente persuadidos de que la hay suficientísima». Tomo estas palabras en su vertiente más inspiradora para presentar a continuación –primer hilo conductor de estas páginas– la razón suficiente por la que celebramos los 100 años de *Sal Terrae*.

Recordar, honrar y agradecer a los lectores y lectoras de la revista a lo largo de 10 décadas, a los autores y autoras de sus artículos, a sus directo-

---

\* Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). <esanz@teo.upcomillas.es>.

res y colaboradores, y a otras muchas personas que, quizá sin que su nombre haya aparecido expresamente mencionado, han hecho posible la aparición de los 1.168 números de la revista publicados hasta hoy, son razón suficiente para celebrar tan importante efemérides. Se recuerda a alguien –sentido etimológico del término– a quien se tiene en el corazón como sede de la memoria; se honra a aquellos –así aparece en más de una ocasión en la literatura latina– a quienes se respeta, entre otras razones, por haber dejado un legado para los tiempos venideros; se agradece a quienes son gratos, agradables, pero también –y lo segundo no está reñido con lo primero– a quienes son gratuitos. En estos últimos meses y en los venideros, en los que más explícitamente estamos felicitándonos por los 100 años hasta ahora vividos, es cuando más deseamos expresar nuestro recuerdo, honra y agradecimiento a todas las personas mencionadas (sus nombres no cabrían en esta contribución), por haber fundado, cuidado y sostenido la revista, haberla hecho crecer y haberle ofrecido siempre lo mejor que tenían.

Un acto en Santander y otro en Madrid –segundo eje de esta contribución– parecían idóneos para hacer realidad y manifestar de una manera más solemne el recuerdo, la honra y el agradecimiento anteriormente mencionados. En Santander, ciudad muy vinculada a la revista desde que su sede originaria de Bilbao se traslada allí en 1919, se acaba de celebrar un encuentro especialmente dirigido a amigos y colaboradores de *Sal Terrae* de las últimas décadas, y que ha conestado de una celebración eucarística y una sentida conferencia sobre los principales eventos y avatares de la vida de la revista.

En Madrid, y más concretamente en la Universidad Pontificia Comillas, con quien la revista ha mantenido lazos muy estrechos a lo largo de toda su historia, ha tenido lugar los días 1 y 2 del recientemente comenzado mes de junio un congreso de teología pastoral titulado «La teología pastoral y sus encrucijadas», dirigido tanto a los suscriptores y lectores habituales de *Sal Terrae*, que con tanta fidelidad y entusiasmo nos siguen mes tras mes, año tras año, como a toda persona que pudiera estar interesada en el tema. En él se han escuchado ponencias sobre la comunicación de la Iglesia hoy, los agentes y destinatarios de la acción pastoral

hoy, los nuevos contextos socio-políticos y su influencia en la acción pastoral, el compromiso y la transformación social de la citada acción, y la relación entre esta última y los nuevos lenguajes y las culturas actuales. Unas intervenciones que miraban todas ellas en una misma dirección: tratar de ofrecer alguna reflexión y respuesta sobre la pregunta «¿Qué es la teología pastoral?», tan central y crucial para *Sal Terrae* hoy y siempre, y sobre tres importantes elementos que son objeto de reflexión de la citada teología: anunciar el evangelio, hacer posible el cambio de vida de sus destinatarios, facilitarles la recepción de los sacramentos.

En los últimos meses, en los últimos años, han sido publicados en estas páginas numerosos monográficos, alguno de cuyos títulos ahora recordamos (en orden cronológico de aparición): El Vaticano II; Liturgia y compromiso; El cuerpo; El arte de la decisión; La eutanasia; María, la creyente por antonomasia; Las fronteras; La JMJ de Madrid; Las heridas; El ocio; La misión compartida; La espiritualidad del matrimonio y la familia; El cristiano, lo público y lo político; El camino de la belleza; Jóvenes en España; La visibilidad. Pues bien, detrás de estos temas, detrás de estos números que con interés y cuidado han leído cientos de personas que tanto nos alientan, han estado siempre muy presentes en todos los que los elaboraban (consejo de redacción de la revista, autores y autoras) los tres elementos que acabamos de señalar, sobre los que reflexiona la teología pastoral. También este aspecto tuvo su peso en la convocatoria y orientación del mencionado congreso.

Retomo en este momento de mi colaboración –cuyo tercer y último eje ahora comienza– los tres verbos que atraviesan el primero: recordar, honrar y agradecer, para ilustrar estas líneas de despedida, ocasión, sin duda, oportuna y pertinente para mirar a la revista (a su pasado, su presente y su futuro), y de manera especial a las personas que forman la historia de ese arco temporal que comenzó en 1997, cuando entré en el consejo de redacción de *Sal Terrae*.

Siempre es importante para una revista pensar en sus lectores y lectoras, en sus inquietudes, intereses y necesidades, y escuchar sus sugerencias, propuestas, críticas. Creo poder afirmar que en todos ellos han pensado y a todos ellos han escuchado siempre el amplio, variado y plural grupo

de escritores de nuestra centenaria publicación, verdaderos sostenedores de la misma, a quienes en este momento quiero recordar, honrar y agradecer. Además de por el sentido y valor de estos tres verbos, anteriormente mencionado, los recuerdo, honro y agradezco por haber hecho siempre muy fácil y llevadero el trabajo del director de la revista y por haber llevado siempre a buen puerto las propuestas y sugerencias que de este recibían. Esto mismo, y otras muchas cosas más, puedo decir de las personas, 15 en total, que han formado parte del consejo de redacción de *Sal Terrae* entre 2001 y 2012, a las que agradezco, además de lo señalado respecto a los autores de los artículos, también aplicable a ellas, su servicio generoso y leal a una parte del proyecto y trabajo que la Compañía de Jesús realiza a través de la editorial *Sal Terrae*.

No me es posible mencionar los nombres de tantos colaboradores de los últimos 11 años que acabo de recordar. Sí quiero, en cambio, referirme a Abel Toraño, SJ, director de esta centenaria revista desde este mes de junio de 2012. Decir Abel es hablar de lo más importante para *Sal Terrae*: su futuro, sus proyectos, sus novedades. El nuevo director de la revista, que posee importantes conocimientos en teología pastoral y probadas dotes para liderar un potente grupo humano, y que además atesora un sinfín de virtudes (escucha, entrega, prudencia, paciencia), será el testigo probablemente más cualificado de ese futuro tan esperanzado que parece esperar a todos los que formamos parte de esta casa: trabajadores, colaboradores cercanos, autores y, de manera especial, todos vosotros, queridos lectores, a los que siempre recordaré con la estima y el afecto que he querido profesaros en estos últimos y muy felices 11 años.